UN TEXTO OLVIDADO

DISCURSO DE ANTONIO MACHADO EN EL HOMENAJE A PEREZ DE LA MATA (Soria, 1910)

Por *Heliodoro CARPINTERO*

QUIERO corresponder del modo más digno posible al honor que me hace "La Torre" pidiéndome que colabore en el número extraordinario dedicado a Antonio Machado. Y voy a hacerlo sacando del olvido un bello y auténtico trabajo de Machado. Se trata de un discurso que escribió y leyó en el Instituto de Soria, el día primero de octubre de 1910, con motivo de la apertura de curso y del homenaje que Soria y su Instituto rindieron a la figura de don Antonio Pérez de la Mata, filósofo soriano y catedrático que había sido del citado Centro.

La vida y la obra de Antonio Machado suscitan creciente interés, lo que nos lleva a buscar nuevos datos de su vida y la posible obra inédita o desconocida que pueda haber. Es esta una tarea delicada y peligrosa, como ya se ha puesto de manifiesto al adjudicar a Machado un soneto que escribió García Tasara, poeta romántico, paisano de Machado, que murió en Madrid el mismo año en que nació Machado, en 1875. Se impone, pues, la seriedad en la busca y el rigor en el análisis de lo que se pueda encontrar.

El texto que damos no es inédito. Machado lo escribió y lo leyó en un acto público. Un nutrido grupo de sorianos lo escuchó de sus labios. Los periódicos locales, que informaron del acto, dieron reseñas de dicho trabajo. "El Avisador Numantino" del sábado 1º de octubre de 1910, escribe: "El Sr. Machado.—El eximio y notable poeta, maestro de maestros en la rima, el ilustrado y distin-

guido profesor de Lengua francesa en este Instituto, pronuncia un discurso que sentimos sinceramente no poder reproducir a la letra".

El trabajo de Machado debió de causar la mejor impresión y, sin duda, fueron muchos los que expresaron su deseo de ver publicado el discurso que se había comentado en todas las tertulias sorianas. Y aquel deseo quedó cumplido. El trabajo de Machado se halla recogido en un folleto que es hoy una curiosidad bibliográfica. Se reúnen en el mismo los siguientes trabajos: "Homenaje del pueblo de Soria al Obispo Eleta", con prólogo, comentarios y notas de Benito Artigas Arpón; "Un proceso curioso: La Justicia en tiempos del Rey José", con prólogo y notas de Emilio López Pelegrín. Por último aparece el "Homenaje a don Antonio Pérez de la Mata". Se reproduce un antiguo trabajo de Mata titulado *Pastores, artistas y doctores* —que fue leído en el acto del homenaje por don Pascual Pérez-Rioja—, siguen, reseñados, los discursos que se pronunciaron. El de Antonio Machado aparece completo. La Biblioteca Pública de Soria guarda un ejemplar de este folleto hoy raro de encontrar. Ficha de catalogación: "Años Atrás (Personas y cosas de Soria)". Soria. Impr. F. Jodra. 1914.

"La Torre" cumple una vez más su lema: "Nací para ver, mi sino es mirar... Lo lejano miro..." Por ella, cobra nueva vida la voz del poeta.

No es sólo una razón intelectual la que me mueve a dar a "La Torre" un texto escondido y olvidado de Machado. Hay motivos de otro orden que me impulsan a reunir dos nombres por los que siento profundo afecto: Antonio Machado y Puerto Rico. A primera vista podría pensarse que se trata de un capricho circunstancial. Nada más lejos de la verdad.

Durante unos meses, allá por los años 1892 a 1893, para el joven Machado el nombre de Puerto Rico estaba ligado al recuerdo del padre. Había éste marchado allí con el nombramiento de Registrador de la Propiedad. Podemos pensar con qué ansiedad esperarían en el hogar las noticias que llegaban, con desesperante lentitud, de San Juan de Puerto Rico. Cartas —podemos pensarlo— repletas de añoranzas, de ternuras y de noticias del mayor interés. Para un espíritu tan observador y tan fino como el de don Antonio Ma-

chado Alvarez —autor de la serie de volúmenes que forman la *Biblioteca de las tradiciones populares;* de *El folklore andaluz*, de *El cante flamenco* y de *Cantos populares*— su encuentro con Puerto Rico tuvo que ser forzosamente de admiración y de fervor.

"Hacia mediados del siglo —escribe Adolfo de Hostos— la bulliciosa ciudad intramuros contaba con unas mil casas de piedra y ladrillo, la mayor parte con azoteas... Sus 13.000 habitantes aún disfrutaban de cierta amplitud dentro del circuito de las ciclópeas murallas. Los suburbios extramurales La Marina, La Puntilla, La Carbonera y Puerta de Tierra, contenían cerca de 800 casas...

"...existían pequeños poblados entre la Capital y Río Piedras, a la orilla del camino vecinal que los unía: San Mateo de Cangrejos y el lugarejo de la Ollería, en Hato Rey.

"En 1880 comenzó a funcionar sobre una vía estrecha, el tren de Ubarri, con dos vagones, que partiendo de la Plaza de Colón, llegaba a una velocidad máxima de nueve millas por hora hasta Río Piedras, distancia que cubría en bastante más de una hora".

Esta larga hora de delicia debió disfrutarla con frecuencia el nuevo Registrador, con alma de escritor y de artista, contemplando "un edén antillano en el que se mezclaban las palmeras en deliciosos claro-oscuros con los frondosísimos supervivientes de la jungla borinqueña y con las plantas decorativas y las flores de los jardines..."

Cuando de la contemplación de la naturaleza pasaban sus ojos a la observación de lo humano, ¿cuántos hallazgos no haría aquel enamorado de lo popular?

María Salomé,
¿Qué tú tienes?
Ay, ¿qué tú tienes
María Salomé?

¿Qué fue de aquellas cartas? ¿Dónde fueron a parar los apuntes que el infatigable buscador de folklore recogió sin duda con gozo y con avaricia? Sabemos que la estancia de Machado Alvarez en Puerto Rico fue corta. Allí cayó mortalmente enfermo. Un cuñado suyo marchó a recogerle. En Sevilla esperaba con angustia su mujer, doña Ana Ruiz. El enfermo ya no tuvo fuerzas para llegar a Madrid y abrazar a sus hijos. Murió en Sevilla.

No es fácil valorar lo que esta muerte significó para el alma sensible de Antonio. Cuando evoque a su padre, en misteriosa trasmutación de tiempos, lo verá joven. Y será el padre quien mire piadosamente la cabeza cana del hijo.

Esta luz de Sevilla... Es el palacio
donde nací, con su rumor de fuente.
Mi padre, en su despacho.—La alta frente,
la breve mosca, y el bigote lacio—
Mi padre, aún joven. Lee, escribe, hojea
sus libros y medita. Se levanta;
va hacia la puerta del jardín. Pasea.
A veces habla solo, a veces canta.
Sus grandes ojos de mirar inquieto
ahora vagar parecen, sin objeto
donde puedan posar, en el vacío.
Ya escapan de su ayer a su mañana;
ya miran en el tiempo, ¡padre mío!
piadosamente mi cabeza cana.

Machado Alvarez murió a los 47 años. Con esta prematura muerte y con la del abuelo, dos años después, queda la casa a cargo de dos valerosas mujeres: la madre y la abuela.

No es absurdo pensar que, sin la fatalidad de aquella muerte, el destino humano de Antonio y de sus hermanos pudo ser muy otro. Afianzada la situación del padre, hubiera llevado junto a sí a los suyos. La circunstancia de Manuel y de Antonio hubiera sido totalmente diferente. No se trata de enmendar la plana al destino. Quiero sólo hacer pensar un momento en el que pudo ser muy otro argumento de la vida de Antonio Machado. Todo parecía organizarse para que lo fuera, y se malogró. Antonio Machado no pudo jamás oír el nombre de Puerto Rico sin asociarlo al padre muerto y siempre joven.

ANTES de ofrecer el texto de Machado, estimo interesante situarlo en la circunstancia humana de su autor. Lo escribió en la segunda quincena de septiembre de 1910. Es decir, dentro de la breve etapa

de vida feliz. Llevaba poco más de un año de casado. Todo era, en torno suyo, serena felicidad y, sin duda, de dulce esperanza del hijo. De ahí, tal vez, el hondo sentido paternal de una buena parte de su trabajo. Años más tarde escribía a un amigo: "Si la felicidad es algo posible y real —lo que a veces pienso— yo la identizo mentalmente con los años de mi vida en Soria y con el amor de mi esposa, cuyo recuerdo constituye el fondo más sólido de mi espíritu".

En el conjunto de su obra, el discurso está escrito dentro del ciclo del primer *Campos de Castilla* (1907-1912). "Cinco años en la tierra de Soria, hoy para mí sagrada... orientaron mis ojos y mi corazón hacia lo esencial castellano", escribió Machado en 1917. Si nos preguntamos qué era para Machado lo esencial castellano, el poeta lo condensará así: "Soria es una escuela admirable de humanismo, de democracia y de dignidad". Esas tres notas esenciales destacan en el discurso que presentamos y que dice así:

> Hoy recordamos a un hombre que, después de rendir a la tierra su tributo, merece los elogios de la posteridad. Quisiera yo haceros comprender toda la fuerza mental que supone el dejar una huella en la memoria de las multitudes. La humanidad tiene una capacidad para el recuerdo que se colma con unos cuantos centenares de hombres y de hechos. Su capacidad para el olvido es infinita. Los tesoros de archivos y bibliotecas, donde sacian su voracidad sabios y eruditos, son bien exiguos comparados con el enorme caudal de humano esfuerzo que no alcanzó la consagración de la historia, de la antología, del catálogo, de la simple tradición de unas cuantas generaciones. No penséis tampoco que aquellos valores espirituales que la posteridad selecciona y consagra han de ser necesariamente los mayores. Todos sabemos que la historia es algo que constantemente se altera y modifica. A varias generaciones de hombres cultos y laboriosos pueden suceder otras tantas generaciones de bárbaros que arruinen y entierren la obra de sus antepasados. Conservamos fragmentos del Partenón, mas nada queda de la maravillosa Minerva que esculpiera Fidias en marfil y oro para asombro de los siglos; los siglos no pueden ya asombrarse de tamaño portento; en Milán fue destruida la estatua ecuestre de Francisco Sforza, obra maestra de Leonardo de

Vinci; buscaréis en vano las opulentas bibliotecas que fundara Abd-el-Rhaman. No tienen la ciencia, ni el arte, ni la cultura un ángel tutelar que los custodie. Y aun las obras que triunfan del olvido de los hombres y de los azares de la historia no han de vivir eternamente. Nuevas legiones de sabios, de eruditos, de evaluadores las criban, tamizan y seleccionan y, a medida que la mente humana se enriquece con la labor de los vivos, se va aligerando del caudal que le legaron los muertos. Cuanto llamamos con vanidosa hipérbole *inmortalidad de la fama*, es algo que no puede reducir a un espíritu filosófico, a un hombre pensador y reflexivo.

Mata, que fue sin duda uno de estos hombres, no pudo sentir el estímulo de su labor, el deseo de merecer un día la fama póstuma, porque él sabía que la fama póstuma, aun dentro de la historia de los pueblos, mero episodio de la vida universal, es un momento tan breve y fugitivo como el que media entre una voz que enmudece para siempre y el eco burlón que repita sus palabras. Su propio espíritu escéptico, quiero decir rebuscador y crítico, hubo de ser el primer enemigo de su obra. Sin embargo, Mata produjo su obra con la misma santa inocencia con que el árbol da su fruto, por una fatalidad creadora y fecunda. Mas esta fuerza creadora que rinde frutos de cultura sólo alienta en los privilegiados ejemplares de la especie capaces de montar en pelo la quimera del ideal. Y no es sólo el espíritu escéptico, tan viejo como el pensar de los hombres y que en remotos tiempos produjo aquel universal, formidable bostezo salomónico del *vanitas vanitatum et omnia vanitas sub sole*, el enemigo del pensador y del filósofo. Contra este espíritu escéptico bien puede reaccionar el amor de la vida que, si en la mayoría de los hombres se manifiesta por una necesidad y placer de nutrirse y de acrecentar la especie, es también, en los hombres de fuerte mentalidad, la necesidad y el placer de pensar y exteriorizar el propio pensamiento. Contra la obra del filósofo, del pensador militan en España enemigos mucho más temibles.

En una nación pobre e ignorante mi patriotismo, señores, me impide adular a mis compatriotas donde la mayoría de los hombres no tiene otra actividad que la necesaria para ganar el

pan, o alguna más para conspirar contra el pan de su prójimo; en una nación casi analfabeta, donde la ciencia, la filosofía y el arte se desdeñan por superfluos, cuando no se persiguen por corruptores; en un pueblo sin ansias de renovarse ni respeto a la tradición de sus mayores; es esta España, tan querida y tan desdichada, que frunce el hosco ceño o vuelve la espalda desdeñosa a los frutos de la cultura, decidme: El hombre que eleva su mente y su corazón a un ideal cualquiera ¿no es un Hércules de alientos gigantescos cuyos hombros de atlante podrían sustentar montañas?

La proverbial intransigencia española es una de las muchas mentiras con que nos obsequian nuestros oradores. Para ser intransigentes necesitamos una fe que no tenemos, fe en nuestros ideales, fe sobre todo en nosotros mismos. Transigimos todos los días y a todas horas, transigimos hasta el absurdo de sacrificar nuestras ideas, opiniones y sentimientos y adoptar los ajenos, movidos por el miedo, por el provecho personal o por el capricho de las circunstancias. Pero nuestra decantada intolerancia es cierta. Cuando hemos cambiado nuestras opiniones por las del vecino y adoptado su punto de vista para considerar las cosas, cerramos fieramente contra aquél que las mira desde la orilla opuesta, aunque las mire desde donde nosotros las veíamos antes. ¡Respeto, Dios lo dé; amor, ni soñarlo! Y en las luchas del espíritu el primer deber que nos imponemos consiste en no comprender a nuestros adversarios, en ignorar sus razones, porque sospechamos desde el fondo de nuestra brutalidad que si lográramos penetrarlas, desaparecería el *casus belli*. Nuestra mentalidad, cuando no adopta la forma de alimaña cazadora y astuta, aparece como gallo reñidor con espolones afilados. Prefiere pelear a comprender, y casi nunca esgrime las armas de la cultura, que son las armas del amor. Y cuando se pasa de las grandes ciudades a las ciudades pequeñas —ésta en que vivimos es, por excepción, señalada con justicia por la cultura, el respeto y la tolerancia— y de las ciudades pequeñas pasamos a los pueblos —en uno de ellos nació el hombre ilustre que hoy recordamos— y de los pueblos a las aldeas y a los campos donde florecen los crímenes sangrientos y brutales, sentimos que crece la hostilidad del medio, se agra-

va el encono de las pasiones y es más densa y sofocante la atmósfera de odio que se respira. En ningún país de Europa es tan aguda como en el nuestro la crisis de bondad que con profundo tino ha señalado el actual pontífice romano. Pues bien; en esta tierra española y en este rincón de España hubo un hombre que realizó la hazaña de escribir un libro de metafísica.

Yo no sé ni me importa averiguar cuál fuera la vida privada del filósofo. Ignoro si Mata era un humilde sacerdote consagrado a la práctica de una verdad sin tacha; o si era, acaso, un clérigo batallón e intrigante. Mas yo no dudo de que Mata fue bueno, en cuanto dio a su vida el sentido del ideal, la orientación generosa que todo hombre puede y debe dar a su actividad, cualquiera que sea la esfera en que ésta se desarrolle; yo no dudo de que Mata fue humilde en cuanto consagró su vida a arrojar en los baldíos páramos espirituales de su tierra, semillas que él no había de ver germinar, y no dudo de su fortaleza, porque todo creador tiene el temple del acero y la dureza del diamante.

Honremos la memoria de Antonio Pérez de la Mata, porque con ello nos honramos a nosotros mismos. No tiene una sociedad valores más altos que sus hombres preclaros. Y si vosotros, los hijos de la estepa soriana, tan fecunda en hombres de espíritu potente, donde acaso naciera el glorioso y anónimo juglar que inauguró la epopeya de Castilla con la Gesta de Myo Cid, sentís en vuestros corazones al par del orgullo patriótico, cierto legítimo orgullo regional, no será, creo yo, solamente por haber nacido en este trozo del planeta, en medio de estas sierras sombrías y desoladas, será también y sobre todo, porque evocáis en vuestra memoria nombres y hechos gloriosos y sentís que a ellos os unen los vínculos de la sangre y de la tierra.

Voy a terminar, dirigiendo algunas palabras a los niños.

Vosotros contribuís al homenaje que hoy rendimos a la memoria de Antonio Pérez de la Mata, y vuestra presencia pudiera ser el más alto honor que se tributa al muerto.

Y digo que *pudiera ser*, y no *es*, porque vosotros representáis un porvenir incierto. Vuestro *mañana*, acaso sea un re-

torno a un pasado muerto y corrompido. Para que vosotros representéis la aurora de un día claro y fecundo, preciso es que os aprestéis por el trabajo y la cultura a aportar al tesoro que os legaron las generaciones muertas, la obra viva de vuetras manos. Mañana seréis hombres, y esto quiere decir, que entraréis de lleno en la vida, y como la vida es lucha, vosotros seréis luchadores. En vuestros combates no emplecéis sino las armas de la ciencia, que son las más fuertes, las armas de la cultura, que son las armas del amor. Respetad a las personas, porque la doctrina de Cristo os ordena el amor al prójimo y el respeto es una forma del amor; mas colocad por encima de las personas los valores espirituales y las cosas a que estas personas se deben: sobre el magistrado, la Justicia; sobre el profesor, la Enseñanza; sobre el sacerdote, la Religión; sobre el doctor, la Ciencia. No aceptéis la cultura postiza que no pueda pasar por el tamiz de vuestras inteligencias. No creais que Dios os ha colocado vuestras cabecitas sobre los hombros como un remate decorativo. Que vuestros sesos os sirvan para el uso a que están destinados. Huid de la ociosidad espiritual que llena los cerebros de cavilaciones homicidas. Conservaos íntegros para vuestra obra y vuestra voluntad, como cuerda de ballesta en su máxima tensión.

No aceptéis jamás el reto de los vividores y de los intrigantes, porque si peleais con ellos tendréis que emplear sus armas plebeyas y, aunque triunféis, seréis desgraciados en el orden del espíritu, descendiendo de la categoría de hombres a la de bestias montaraces.

Si caminais a un remoto santuario, y hacéis larga romería, mientras más larga mejor, no os paréis a ahuyentar los canes que os ladren, porque no llegaréis nunca. Decid con el poeta, ¿nos ladran? señal de que caminamos, y seguid andando.

Aprended a distinguir los valores falsos de los verdaderos y el mérito real de las personas bajo toda suerte de disfraces. Un hombre mal vestido, pobre y desdeñado, puede ser un sabio, un héroe, un santo; el birrete de un doctor puede cubrir el cráneo de un imbécil.

Estimad a los hombres por lo que son, no por lo que parecen.

Desconfiad de todo lo aparatoso y solemne, que suele estar vacío.

Amad a los buenos y a los sabios que son los poderosos de la tierra, porque ellos representan el único valor que contienen las multitudes humanas. Amad el trabajo y conquistad por él la confianza en vosotros mismos, para que llegue un día, después de largos años, en que vuestros nombres también merezcan recordarse.

Como el lector ha podido comprobar, el texto de Machado es noble, sencillo y hermoso. Todo en él es directo y vivo. Esto quiere decir que no necesita de glosa alguna que lo aclare, porque dicho trabajo es la claridad misma. Por serlo, invita al gozo de subrayar algunos aspectos del mismo.

El que aparece primero es el de preguntarnos por el género literario a que pertenece. Machado lo escribió; luego, lo leyó. Podemos preguntarnos si un discurso leído es propiamente un discurso. El orador, el buen orador, tiene una preparación de aquello que va a decir. Pero al comenzar su discurso desconoce cómo lo dirá. Será algo que se va haciendo a sí mismo con espontaneidad y en virtud de una circunstancia fugitiva. El orador cuenta de antemano con su auditorio, lo necesita, se apoya en él y sabe cuándo debe adelantarse a los sentimientos de la masa, y cuándo ha de provocar una fisura en la multitud para hincar la cuña persuasiva con mazazos de elocuencia. En estos casos, el discurso es una forma de lucha. El orador se convierte en estratega; mezcla concesiones y golpes. Ya no basta con el mágico poder de la palabra. Precisa de todo su cuerpo: la actiud, los ademanes; sobre todo, necesita del poder de su mirada. En muchos sentidos la oratoria está vinculada al arte dramático.

El discurso leído es un acto reposado y sereno. El orador no sólo sabe lo que va a decir, sino cómo lo va a decir. Para él lo que cuentan son las ideas que quiere sembrar, y las ideas requieren un clima de sosiego fecundo.

Antonio Machado, que en su juventud quiso ser actor y durante algún tiempo fue "meritorio" en la compañía de don Fernando Díaz de Mendoza; que durante toda su vida guardó cariño por el teatro,

al que dio, en colaboración con su hermano Manuel, obras de verdadera calidad, pudo con la mayor facilidad "hacer un discurso" de homenaje, arrancando cuantos aplausos se hubiera propuesto. De haberlo hecho hubiera sido otro Antonio Machado y no el que era.

Pudo escribir un breve ensayo sobre Pérez de la Mata, y leerlo en público. Tampoco lo hizo. En realidad, Machado no escribió nunca un ensayo. Si no lo escribió para que lo leyeran los demás, menos lo habría de escribir para leerlo él mismo.

Precisamente él denunciaría un día: "—Cada día, señores, la literatura es más 'escrita' y menos hablada. La consecuencia es que cada día se escribe peor, en una prosa fría, sin gracia, aunque no exenta de corrección, y que la oratoria sea un refrito de la palabra escrita, donde antes se había enterrado la palabra hablada..."

He dicho que esto lo dijo Machado un día, y dicho así no es totalmente cierto. En realidad, quien *lo dijo* fue Juan de Mairena. Y Machado *lo transcribió*. Por algo —un algo decisivo— Juan de Mairena es un "complementario", es decir, quien complementa, perfecciona y colma.

> Busca a tu complementario,
> que marcha siempre contigo,
> y suele ser tu contrario.

El trabajo que nos ocupa es, en mi sentir, un espléndido anticipo de las "sentencias, donaires, apuntes y recuerdos" de Juan de Mairena a propósito del homenaje de Soria a don Antonio Pérez de la Mata. Señalemos que el gran poeta mostraba ya, en 1910, el fruto de una gran prosa más "hablada" que "escrita".

El periodista de *El Avisador Numantino* terminaba su reseña con estas palabras: "El brillantísimo discurso del poeta y del profesor tuvo la coronación que merecía: un aplauso cerrado que duró largo rato, y numerosas y ardorosas felicitaciones, entre las cuales unimos las nuestras". Quedemos con la noticia escueta. Ella nos dice la sensibilidad de un auditorio que comprendió pronto y bien que lo que acababa de escuchar era algo fuera de lo habitual y corriente en casos como aquél. Gracias a aquella comprensión podemos conocer hoy este trabajo.

¿Qué causas llevaron a Machado a tomar parte en el homenaje a Pérez de la Mata? Probablemente las cosas ocurrirían así, poco más o menos. Una tarde, en la tertulia del casino, alguien recordó a don Antonio Pérez de la Mata. Se engarzaron las anécdotas y se despertaron los recuerdos. No faltaría quien se lamentara de que, habiendo muerto Pérez de la Mata hacía diez años, ni Soria ni el Instituto le hubieran ofrecido un cordial y sencillo homenaje. ¿Por qué no hacerlo ahora? Todo es cuestión de dar los primeros pasos. Y en ellos quedó comprometida la participación de Machado. No se pudo negar al requerimiento de unos buenos amigos; la causa le parecía justa. Es verdad que no le gustan los actos solemnes ni los graves discursos, cosas "que suelen estar vacías". Pero por lo que ya ha visto, en Soria todo se hace con naturalidad y con medida justa. Todo es en ella "sencillo, modesto y llano".

Por otra parte, el caso de que ahora se trata lo encuentra fuera de lo corriente. No se dirige el homenaje a ninguno de los eternos acaparadores de bombos y encomiendas. Se dirige a un hombre modesto y ejemplar que ha dedicado toda su vida a actividades del espíritu: sacerdote, catedrático de filosofía y pensador independiente y original, que ha publicado unos cuantos libros que nadie lee; eso, y las anécdotas y recuerdos que ha escuchado en la tertulia, es lo único que Machado sabe de don Antonio Pérez de la Mata. La figura le ha parecido simpática. Es una figura que, con las naturales diferencias, tiene algo que ver con la de cierto "profesor apócrifo" que suele dialogar con Machado en sus largos paseos de hombre solitario. ¿Acaso, entre los papeles de Mairena no se encontrarían algunos apuntes sobre *La cuadratura del círculo?* Pérez de la Mata llegó a publicarlo. Coinciden ambos en ser autores de sendos tratados de Metafísica.

Como en una hermosa conjunción de astros, en el caso presente se dieron cita todas las circunstancias favorables. Y Machado, gustosamente, llevó a término su trabajo.

Machado parte de una verdad axiomática: "Hoy recordamos a un hombre que, después de rendir a la tierra su tributo, merece los elogios de la posteridad". Luego pasará a considerar los dos térmi-

nos: el recordado y los que recuerdan. Respecto del primero, dice: "quisiera yo haceros comprender toda la fuerza mental que supone el dejar una huella en la memoria de las multitudes". Respecto a los que recuerdan, dice cosas que, por sentido contrario, suenan a elogio y admiración. La humanidad tiene una capacidad limitada para el recuerdo y una capacidad infinita para el olvido. Lo que queda es incomparablemente menor que lo que pasa y se pierde. Una advertencia: no todo lo que queda es siempre necesariamente lo mejor. La historia es algo que constantemente se altera y modifica. Además, ni la ciencia, ni el arte, ni la cultura tienen ángel tutelar que las custodie.

Pero hay más. Aún lo que triunfó no fue para vivir eternamente. Cambian los gustos y la sensibilidad y se producen nuevas valoraciones. Y hay la natural permuta de lo viejo por lo nuevo.

La "inmortalidad de la fama" es una vanidosa hipérbole. Con agudeza presenta Machado, sin necesidad de decirlo, la espiritualidad de un pueblo que es capaz de recordar.

El *sic transit* está tratado de modo sencillo y natural.

El trabajo de Machado consta de poco más de mil ochocientas palabras. En ellas se cita cinco veces el apellido Mata y dos veces el nombre completo de Antonio Pérez de la Mata. Cuatro veces se le alude con otras tantas antonomasias.

Esta sobriedad no es, en modo alguno, tacañería para el elogio. "El elogio incondicional, diría en otra ocasión, rara vez es sincero". Sin libertad para poder ser enteramente sincero, podemos dar por seguro que Machado no hubiera tomado parte en el homenaje. Además, cualquiera que fuera el valor de la obra de Pérez de la Mata, obra que Machado no podía simular que conocía, lo que a él le interesaba era la figura de un hombre pensador y reflexivo que, por serlo, no pudo ser seducido por la "inmortalidad de la fama"; que tuvo que luchar con su propio espíritu rebuscador y crítico. "Sin embargo, subrayará Machado, Mata produjo su obra con la misma santa inocencia con que el árbol da su fruto, por una fatalidad creadora y fecunda". Es "la necesidad y el placer de pensar" que sienten los hombres de fuerte mentalidad.

MACHADO es el poeta del "noventa y ocho". Cualquiera que sea la ocasión, haga el trabajo que haga, le es literalmente imposible no pensar en España. Es su obsesión; es su pasión; la idea fija que preside todo su pensar; el sentimiento avasallador que hace desbordar su sentimiento entero. Es la actitud de los mejores hombres de dicha generación. Es una actitud que podrá desconcertar; que se podrá tachar de desmesurada. Pero todo hombre honrado, si es sincero consigo mismo, si la contempla con ojos limpios sentirá, cuando menos, un sincero y profundo respeto. Es una baja difamación insinuar que los hombres del "noventa y ocho" *se complacen* en la crítica agria y negativa. Lo que ocurre es que no aceptan el juego de seguir con la mentira. Quieren enfrentar a España con la verdad por dura y amarga que sea.

Machado dice, refiriéndose a España: "en una nación casi analfabeta". ¿Era esto verdad o era una exageración? Nos va a responder la estadística oficial, con datos precisamente de aquel año: La población de España en 1910 era de 19.995,686 habitantes. De ellos eran analfabetos 11.867,455, lo que suponía el 59.35% ¿Exageraba, pues, Machado? Pero había más. La situación no era igual referida a los hombres que referida a las mujeres. Los hombres analfabetos representaban el 52.2%, mientras que las mujeres analfabetas llegaban al 65.7%. Ante estas cifras desoladoras, debemos repetir: ¿Exageraba Machado al decir "en una nación casi analfabeta"?

De esta dolorosa realidad se derivan algunos de los males que Machado señalaba: falta de ansia de renovación; falta de respeto a la tradición; desdén por la cultura. Todo esto era perfectamente natural en una sociedad semianalfabeta. Machado lo expresaría de modo tan breve como insuperable:

¡Qué difícil es
cuando todo baja
no bajar también!

Otra dolorosa realidad: Machado señala que la mayoría de los españoles limitaban su actividad a la imprescindible "para ganar el pan". Si la actividad rebasaba aquel cometido, se dedicaba a

"conspirar contra el pan de su prójimo". Pereza y envidia. Consecuencia de la primera era desdeñar todo aquello que se ignoraba —la ciencia, la filosofía, el arte— si es que no se perseguían por *corruptores*.

Tal era el ambiente. Ya no puede parecernos desorbitada la afirmación que hace Machado —razón por la que toma parte en aquel acto de homenaje— y que es punto fundamental del trabajo que comentamos: "El hombre que eleva su mente y su corazón a un ideal cualquiera ¿no es un Hércules de alientos gigantescos cuyos hombros de atlante podrían sustentar montañas?

HACE Machado una aguda distinción entre la "intransigencia española" y la "intolerancia". La primera le parece "una de las muchas mentiras con que nos obsequian nuestros oradores". Y añade: "Para ser intransigentes necesitamos una fe que no tenemos, fe en nuestros ideales, fe sobre todo en nosotros mismos". Machado piensa que sus contemporáneos transigen "todos los días y a todas horas". Y lo hacen por miedo, por ambición, por capricho de las circunstancias.

Por el contrario, Machado subraya la verdad de "nuestra decantada intolerancia". El sentido etimológico de tolerar es "soportar", "aguantar". Virtudes que estamos muy lejos de estimar. Afirma Machado que el primer deber que nos imponemos es el de no comprender al adversario; en ignorar sus razones. Necesitamos el *casus belli*. Preferimos pelear a comprender. Esta preferencia se agudiza a medida que el horizonte social se reduce: la gran ciudad, la pequeña ciudad, el pueblo, la aldea, el campo "donde florecen los crímenes sangrientos y brutales". En este punto Machado hace una excepción, que no es una concesión, sino la expresión de una realidad. Soria, la pequeña ciudad, se distingue por "la cultura, el respeto y la tolerancia".

NO podía faltar en el trabajo que comentamos una alusión al gran tema machadiano del "cainismo". Debemos tener en cuenta que Machado escribió su discurso bajo la impresión de un crimen que se cometió poco antes. Pienso que le produjo una verdadera conmo-

ción. Pocos días después de leer su trabajo, hizo una excursión a las fuentes del Duero. Machado cuenta este viaje. También aparece allí la alusión al crimen:

> Una mañana de los primeros días de octubre, decidí visitar la fuente del Duero y tomé en Soria el coche de Burgos que había de llevarme hasta Cidones. Me acomodé en la delantera cerca del mayoral y entre dos viajeros: un indiano que tornaba de Méjico... y un viejo campesino.
>
> ...El indiano me hablaba de Veracruz, mas yo escuchaba al campesino que discutía con el mayoral sobre un crimen reciente. En los pinares de Duruelo, una joven vaquera había aparecido cosida a puñaladas y violada después de muerta. El campesino acusaba a un rico ganadero de Valdeavellano, preso por indicios en la cárcel de Soria, como autor indudable de tan bárbara fechoría y desconfiaba de la justicia porque la víctima era pobre.

Sabemos que cerca de la Laguna Negra les sorprendió una tormenta, espectáculo grandioso y sobrecogedor en aquellos parajes. Machado y sus acompañantes pasaron momentos de angustia

> rocas y rocas, y troncos
> y troncos, ramas y ramas.
> En el hondón del barranco
> la noche, el miedo y el agua.
> .....
> Cien ojos fieros ardían
> en la selva, a sus espaldas.

La tempestad, la imagen de la vaquera muerta y ultrajada, las rocas pavorosas, los troncos y ramas como cepos torturadores, los relámpagos, la sombra errante de Caín acorralaron al poeta y fueron el germen que Machado transformaría en "El crimen de Alvargonzález".

QUIERO subrayar, como nota final, lo que me parece más interesante de este trabajo y su cota más alta. Me refiero a la parte del

trabajo —algo más de la cuarta parte— destinada a los niños. El poeta y los niños. El poeta ha dicho que va a terminar, dirigiendo unas palabras —dijo así, palabras, y no "palabritas"— a los niños. No faltaría entre los oyentes alguno que pensara: "¡ahora viene lo bueno!", anticipándose una buena ración de líricas ternuras, balbuceos infantiles y emociones desatadas con revuelo de pañuelos y lágrimas... Quien así pensara debió comprender muy pronto que se había equivocado.

La voz de Machado debió cobrar en aquel momento un acento más grave, más reposado, más íntimo. En una breve pausa, Machado clavó su mirada en los pequeños oyentes. ¿No se vería a sí mismo, chico entre los chicos? La esperanza del hijo, ¿no le haría soñar que ya lo tenía delante? Acaso ¿no recordaría aquel verso que tanto repitiera Unamuno, "el niño es el padre del hombre?" Fue, sin duda, una mezcla de todo eso lo que cruzó rápidamente por la mente y por el corazón del poeta.

Mucho se ha hablado de la tristeza y del pesimismo de Machado. Sin duda que los hay. Pero son consecuencia de la tristeza y del pesimisimo que le rodeaba. Aún así, su corazón se pasó toda la vida esperando "hacia la luz y hacia la vida" un continuo milagro de la primavera.

Machado sabía muy bien que la gran riqueza del hombre, la que nadie le podía robar era su niñez. También sabía que la mayor riqueza de un pueblo en sus niños está. Pero la locura de los hombres y de los pueblos consiste en malbaratar esa riqueza.

Machado no soltó nunca a su yo-niño de la mano:

> ¡Alegría infantil en los rincones
> de las ciudades muertas!...
> ¡Y algo nuestro de ayer, que todavía
> vemos vagar por estas calles viejas!

Sabido es cuánto le gustaron a Machado las viejas ciudades, esas ciudades que están llenas de monumentos, escudos y leyendas. Pero su corazón se quedaba prendido de lo verdaderamente bello, de lo que era realmente *vivo:* "lo que no está escrito ni ha de escribirse nunca en piedras: desde los niños que juegan en las calles —niños del pueblo, dos veces infantiles— y las golondrinas que vue-

lan en torno de las torres, hasta las hierbas de las plazas y los musgos de los tejados". Y mientras algo está vivo, todo está o puede estar vivo; el *todo* puede ser reavivado. Esta fue la radical verdad que siempre tuvo y siempre le mantuvo. Por eso, no fue obra de la casualidad el que la última palabra del último verso que su mano trazó, poco antes de que la muerte la dejara inmóvil y fría, fue la palabra "infancia":

"Estos días azules y este sol de la infancia".

"Siempre consideró a los niños como algo sagrado"—nos ha revelado, confirmando una vida y una obra—su hermano José. Si quedara una sombra de duda, aquí está, dando fe, lo que un día dijo a unos niños sorianos y, en ellos, a todos los niños del mundo. Palabras sencillas, serenas y hermosas; palabras muy viejas y eternamente jóvenes; palabras aladas, las únicas que llegan derechamente al corazón de los niños. Y las únicas que de verdad comprende.

Si no me equivoco, creo que en esta parte de su discurso, Antonio Machado escribió su mejor página en prosa. Y una de las mejores que se hayan escrito en lengua española.